

*Es mi deber como cristiana,  
de mi Sarnago natal,  
saludar a los presentes  
y en general vecindad*

Me presento ante vosotros,  
como hizo mi abuela Lumi  
desde esta misma ventana,  
orgullosa de las raíces  
que me vinculan a este pueblo.  
Ahora os lo recuerdo,  
como lo dijera ella,  
sin duda mucho mejor que yo.  
Orgullosa estoy, abuelo,  
de esas manos callosas,  
y ahora, temblorosas,  
pero en otro tiempo firmes,  
decididas, incansables en la era,  
en la azucarera, lejos de casa,  
construyendo mi hogar y  
mi futuro con tu esfuerzo y amor.  
Hoy quiero decirte  
que sé muy bien que buena  
parte de lo empezó en esa casa  
del “barrio del medio”,  
y te prometo, no olvidarlo nunca.  
Quiero decirte que sé muy bien  
que las fórmulas que de verdad importan  
no se aprenden en el laboratorio  
de la facultad,  
sino en el balde camino del pozo,  
con la hoz, con la zoqueta,  
en la fuente y el lavadero.  
Y por supuesto, en las maletas,  
en las maletas hechas entre lágrimas  
recorriendo juntos  
el largo camino de sesenta años  
de vidas difíciles,  
pero también felices, enamoradas.  
Un camino que empezó,  
como tantos otros comenzaron,  
en esta misma plaza,  
al son de alegres cuerdas  
de una vieja guitarra,  
o en el “cuartecillo”,  
bajo la tenue luz del candil  
y en las tardes frías de invierno.

¡Qué duros caminos!  
Labrados a base de trabajo,  
de tesón, cayendo  
y levantándoos mil veces  
y una más,  
llorando algunas ausencias irremplazables,  
pero sin volver nunca la vista atrás,  
con la mirada  
siempre puesta primero en los hijos,  
y después en los nietos.

Un camino que no hicisteis solos;  
bien lo supisteis aquel día  
de verano, en la “pieza”,  
cuando la hoz no supo distinguir  
entre la mies y el brazo.  
Corristeis al pueblo;  
no os esperaba la ambulancia,  
ni emergencias,  
pero os esperaba el pueblo,  
su gente, que en estas ocasiones,  
no se sabe muy bien cómo,  
actuaban con una precisión y eficacia  
que no necesitaba  
de protocolos de actuación.  
El médico de San Pedro avisado,  
y el taxi del Chupena preparado  
cuando llegasteis,  
los hijos atendidos,  
y los padres debidamente  
consolados y acompañados.  
Habrá quien piense  
que fue un milagro que llegases, abuela,  
al hospital de Soria  
con una gota de vida en tu cuerpo.  
Yo también lo creo,  
uno de tantos milagros  
urdidos y perpetrados  
por las gentes de esta tierra.  
Quiero decirte hoy  
desde esta ventana,  
que, aunque muchos de nosotros,  
no hayamos nacido  
en este pueblo  
amamos esta tierra  
porque nuestros abuelos  
y padres nos han enseñado

a mirarla a través de sus ojos,  
sin ocultarnos su dureza,  
pero transmitiéndonos  
todo el amor que sienten por ella.  
Somos de donde vosotros sois,  
queremos a este pueblo  
porque os queremos a vosotros,  
nos sentimos orgullosos  
de nuestras raíces  
nos sentimos orgullosos  
de vosotros.

Y, como hechos son amores,  
y el amor se escribe con hechos,  
os invito a todos los jóvenes  
a trabajar para que este pueblo  
siga en pie manteniendo viva  
y fuerte esta asociación  
que ellos crearon  
porque se negaron a rendirse.  
No tengo dudas de que vamos  
a seguir luchando,  
como ellos y ellas,  
para que Sarnago  
no sea un sueño,  
sino una realidad.  
Porque la rendición  
no está en nuestro ADN.  
(¡Viva la historia,  
la cultura y las tradiciones  
que nos dejaron nuestros pasados!)  
¡Viva Sarnago!  
Y hasta siempre.